

Vieja luna de Bilbao

Dr. Joseba Zulaika

University of Nevada. Reno

Basándose en “La Canción de Bilbao” de Bertolt Brecht, el texto rememora los cambios de Bilbao durante los últimos treinta años. Evoca en particular al poeta Gabriel Aresti y su crepuscular oskorria como contrapunto a la imagen poética de la luna brechtiana y de su reencarnación en el cetáceo de Gehry en Abandoibarra. Tomando a Bilbao como el centro de nuestra ficción vasca, se invoca la imagen de “la ciudad” ideal de Dante, Blake, Vico y Joyce (“La historia es una pesadilla de la que trato de despertarme”). El texto concluye celebrando tanto el Bilbao dantesco que Aresti nos enseñó a vivir como viaje iniciático, como el nuevo Bilbao imaginario del Guggenheim.

Bilboko ilargi zaharra

Bertolt Brechten *Bilboko Kantan* oinarrituta, testuak Bilbon azken hogeita hamar urteetan izandako aldaketak agertzen ditu. Brechten ilargiaren irudi poetikoaren eta berau bihurtutako Abandoibarrako Gehryren zetazeoaren kontrapuntu, Gabriel Aresti olerkaria eta honen ilusentiko oskorria azaltzen dira. Bilbo gure euskal fikzioaren erdigunetzat hartuta, zenbaiten hiri ideala aipatzen da; hala nola, Danterena, Blakearena, Vicoarena eta Joycerena (“historia amesgaiztoa izanik, esnatzen saiatzen naiz”). Azkenean, bai inimizio-bidaiatzat bizitzeko Arestik erakutsitako Bilbo dantesko hura, bai Guggenheimen garaiko irudipenezko Bilbo aurkezten ditu testuak.

Old moon of Bilbao

Based on Bertoldt Brecht’s “Bilbao Song”, the text recalls the changes undergone by Bilbao over the last thirty years. In particular it evokes the poet Gabriel Aresti and his twilight *oskorria* (red sky) as a counterpoint to the poetic image of the Brechtian moon and its reincarnation in Gehry’s cetacean in Abandoibarra. Taking Bilbao as the centre of our Basque fiction, the image of the “ideal city” of Dante, Blake, Vico and Joyce is evoked (“History is a nightmare from which I am trying to awake”). The text concludes by celebrating both the Dantesque Bilbao that Aresti taught us to experience as an initiatory journey, and the new imaginary Bilbao of the Guggenheim.

Estas páginas son la excusa y el comentario a mi guión por el documental “Vieja luna de Bilbao”.

Hablar de ciudades imaginarias, y tomando a Bilbao como centro de nuestra ficción, implica invocar al poeta –tanto al del *maldan bebera*, la caída “cuesta abajo” del cuerpo dolorido de Aresti, como al creador de Madre Coraje y de “La canción de Bilbao”, es decir, la obsesiva luna vieja de Bilbao de Bertolt Brecht.

El club de Bil en Bilbao, Bilbao, Bilbao
era el más bonito de todo el continente.
Ahí podías tener por un dólar
ruido y placer, ruido y placer, ruido y placer.
Pero, si hubieras entrado,
No sé si te hubiera gustado este tipo de cosas:
Había aguardiente y risas en cuanto uno se sentaba.
En la pista, crecía la yerba
y la luna verde pasaba por el tejado.
Además había música... De veras te daban
cuanto querías.
Joe, toca la música de aquel tiempo.
Vieja luna de Bilbao
donde el amor todavía valía la pena.
Vieja luna de Bilbao
acostrumbrada a los puros de Brasil.
Vieja luna de Bilbao
lo he dicho a menudo.
Vieja luna de Bilbao
nunca me dejó hundido...
No sé si te hubiera gustado este tipo de cosas.
Pero era la más bonita
la más bonita
la más bonita
del mundo.

La tarea del poeta consiste en exigir la ciudad ideal. Mientras fustiga la corrupción y las ruinas de la ciudad caída, el poeta quiere destruir la mitología de lo que parece ser inevitable y, utilizando la experiencia y la alegoría como armas, evoca la ciudad imaginaria del pasado o del futuro, demanda una sociedad más justa que rebase las limitaciones del presente.

Los escritores vascos de mi generación salimos a la calle con el *oskorri* trepidante del poeta Aresti, es decir, con el crepúsculo rojizo de la Euskadi franquista y la ETA de Etxebarrieta de los años sesenta, con la agonía del eusquera y los ecos inquietantes de irrintzis ancestrales, con la crisis del cristianismo y las nuevas creencias rojas, todo ello con el background del cielo minero y obrero de la Margen Izquierda.

Invocar para el Bilbao de hoy la vieja luna de “La canción de Bilbao” de Brecht –el letrista de Kurt Weill, el dramaturgo de la utopía social, el mentor de escritores como Walter Benjamin– es en parte una provocación, una huida hacia la alegoría poética, pero es también un retorno sentimental al ciclo bilbaino encarnado por Aresti, y hasta una profecía de la nueva luna mueseística de Abandoibarra, proclamada nueva y universalmente por los amantes de la arquitectura como la más bella del mundo.

Bilbao ha sido para muchos de nosotros vascos la ciudad del viaje al extranjero, del sueño y del exilio. Para mi padre, por ejemplo, que fue un casero de Lastur –de donde se traían los toros para las fiestas de Bilbao– su única educación consistió en venir a Alonsótegui para poder aprender a hablar en castellano. Sirvió de mozo de servicio en casa de sus tíos maternos, los Iriondo, venidos de Azkoitia a las minas de la Margen Izquierda, y luego emigrantes enriquecidos en México. Bilbao fue su universidad y su destierro.

A mí me tocó el Bilbao de los sesenta, el que nos correspondió a los chavales de las clases bajas y áreas rurales vascas, es decir, el de los seminarios y conventos, el de la educación y mantenimiento gratis a cambio de engrosar las filas de las órdenes religiosas y de cargarnos con la responsabilidad moral de salvar al mundo entero. Más tarde, ya expulsados de la religión, a muchos de mi generación nos correspondió estudiar en Deusto o Sarrico, y hacer alguna carrera mientras corríamos delante de los grises para exorcizar los demonios del franquismo. Al menos algunos tuvimos la suerte de librarnos de ser de ETA. Durante nuestra juventud estudiantil bilbaina lo mismo nos pasábamos un verano laminando en una fábrica de Lamiaco, como dando clases nocturnas de euskera a adultos, como estábamos la noche entera encerrados en la iglesia de Baracaldo esperando a que entrara la policía de una vez. Así es cómo transcurrieron los años, viendo y oliendo la ría de Unamuno, andando a menudo bajo la lluvia y el cielo plomizo, jamás el recuerdo de un día soleado de cielo azul, atreviéndonos de vez en cuando a adentrarnos por los pueblos de la Margen Izquierda, a visitar la Palanca, a ir como de excursión por la costa de Neguri, retornando en autobús a nuestros pueblos algunos fines de semana, para estar los lunes a la mañana de vuelta en las aulas.

La ciudad de los conventos, de la universidad, de la ría negra, de las prostitutas y de los obreros, eso era Bilbao. Era nuestra ciudad vasca del exilio. Ese ha sido mi Bilbao imaginario durante todos los años que he estado ausente. Porque había que huir de Bilbao como de la peste. Así es cómo una tarde de Junio de 1970 embarqué feliz en el ferry de Santurce a Southampton dejando atrás el horror acumulado de todas las crisis religiosas y políticas con las que Bilbao me había castigado. Recuerdo que, ya en Southampton, tuve que esperar en el ferry desde las 7 de la mañana hasta las cinco de la tarde porque no tenía los papeles en regla. La probabilidad cada vez más cercana de tener que volver a Bilbao, evitado a última hora, equivalía al retorno al infierno. No en vano para entonces había leído yo a menudo los versos de Aresti:

Yo no sé lo que dirá Jorge de Oteiza
cuando lea estos versos...
Dirá,
acaso,
que en Bilbao no hay demasiado sentido...
pero yo tengo que explicarle,
tengo que hacérselo comprender
qué es lo que es,
por qué él todavía no ha llegado
al fondo del alma vasca,
a este bajo infierno
donde nos ahogamos.
Nosotros no vivimos aquí
a gusto.
Nosotros no sentimos
un paraíso.
Ni Dante hubiera imaginado
semejante cosa.
Esto es un inmenso lodazal.
Aquí hasta las almas de los ángeles se mancharían.

Así es cómo en Londres empecé a vivir del imaginario de William Blake y de Dante al ser verdad lo de que “ni Dante hubiera imaginado semejante cosa”. Fue Dante quien se planteó con radicalidad la tarea del poeta de exigir una ciudad ideal. Más tarde le seguirían entre otros muchos Blake, Vico y Joyce. Su visión les obligó a formular viajes, iniciaciones, huidas, retornos, profecías que transformaran la cultura de sus tiempos. Dante diseñó su obra maestra “La Divina Comedia” en torno al tema poético de “la ciudad,” y Joyce mitologizó su Dublín –tanto en su metodología como en su contenido– dentro del marco poético de Dante.

La concepción de la ciudad dantesca se remonta, a su vez, a Virgilio y a la celebración del destino de Roma por el poeta romano. El tono general de Dante es acusatorio. Su objetivo principal es la denuncia del papado. Tanto el sol del poder espiritual como el sol del poder político están apagados. Igualmente para Joyce la ciudad está corrompida por el desempleo, la pobreza, la prostitución, la ignorancia. En ambos casos la misión poética, la que produce y justifica hasta su exilio de la ciudad, es un deber sagrado.

Vico es uno de los grandes filósofos que tomó en cuenta la poesía de Dante para desarrollar su propia fórmula de la progresión de la historia. Dejando de lado los velos teológicos de Dante, aceptó sin embargo su noción de la historia y el descubrimiento radical del papel del lenguaje en los sucesos humanos. A Vico le interesa el diseño histórico que exhibe cada nación en su origen, desarrollo, madurez y caída. La ciudad que interesa a Vico es la identificada con el mundo de las naciones pero insistiendo más en la palabra “cívica”

que “nacional”. A veces sugiere que “la ciudad” es tan amplia como la humanidad misma, como cuando habla de “esta gran ciudad de la raza humana.” El famoso “ricorso” de Vico insiste en que los pueblos, lejos de seguir una trayectoria lineal de progreso, en cualquier momento pueden ascender en sus formas de vida o hundirse en la barbarie, tal y como la historia no cesa de recordarnos.

En cuanto a Joyce y su Dublin, su visión de la historia es tan apocalíptica como la de Dante y tan secular como la de Vico. En palabras de Esteban Dedalus, “la historia es una pesadilla de la que trato de despertarme.” Pero tanto Esteban como Bloom encarnan la misión poética de Dante, ambos son figuras alienadas y exiliadas a las márgenes de la sociedad dublina.

Esteban, el poeta egoísta, orgulloso, intelectual representa el modelo del Ulises de Dante, siempre dirigiéndose hacia algún desastre, mientras que Bloom se adapta al modelo homérico de quien retorna a su mujer y a su casa, haciendo de la familia la unidad central de su ciudad. Si el primero no hace sino marcharse, el segundo no hace sino retornar. Anteriormente, Esteban se había marchado de su ciudad para empezar su misión poética, como lo hará más tarde Chillida, con la frase: “me voy... para forjar en el yunque de mi alma la conciencia nueva de mi raza.” La implicación es que un poeta irlandés puede desarrollar su función creadora sólo si se separa de Dublin y de Irlanda. Es decir, Esteban tiene que autoexiliarse para ser el poeta de su tierra.

También Bilbao nos puso a muchos de mi generación en la alternativa de o marchar como el Ulises de Dante o retornar como el Ulises de Homero, de irnos a vivir a alguna otra parte o de volver al Bilbao/Guggenheim. Había que huir a Londres o a Nueva York o incluso a Reno. Pero siempre habría, cómo no, ocasiones para volver a Bilbao. Para estudiar fuera, por ejemplo, había que obtener en casa primero una licenciatura en filosofía con la mayor celeridad posible, y ello suponía volver nuevamente a los jesuitas de Deusto a principios de los 70. Fue entonces cuando conocí a Aresti en persona. Nos reunimos en algún bar de Deusto. Eran sus últimos meses de vida. Le noté dificultad hablando euskera y pasamos a conversar en castellano. Yo llevaba años escribiendo poesía y desde su *Harri eta Herri* él había sido siempre mi héroe. Su ingenio, su curiosidad, su compromiso visceral me producían respeto, su amistad era un placer y un lujo, pero su salud, su pesadilla vasca, su soledad bilbaina eran inquietantes. Se quejaba de no haberse exiliado de Bilbao, el Bilbao que -y era muy consciente de ello- literalmente le había matado. A pesar de que ya desde la huida a Londres había yo dejado muy en segundo plano las proclamas de “defenderé la casa de mi padre” y había más bien sustituido la piedra/pueblo de voces roncadas justicieras de Aresti y de Otero por el “rolling stone” de Dylan y los Rolling, la piedra rodando *maldan behera* sin rumbo mientras el cantautor chillaba “how does it feel, to be on your own, like a complete unknown, like a rolling stone”, aún así, no podía remediarlo, le debía todo al poeta por haberme iniciado en la escritura y por haberme enseñado

que una visión estética sin más no era suficiente, que en última instancia hace falta también una visión social animada por un principio moral de justicia.

Le visité a Aresti en Basurto en los momentos finales y le dije que tenía una beca para ir a estudiar antropología en Canadá. Uno de sus dos libros de cabecera era un manual de antropología de Robin Fox sobre sistemas de parentesco. Se alegró por mí, me animó a ello, y cuando supe dos días más tarde que ya no le vería más, su despedida se convirtió en un mandato. Su agonía no era para los escritores jóvenes de mi generación una agonía metafísica a lo Unamuno; Aresti encarnaba todo el dolor obrero, vasquista, ecológico, existencial de Bilbao. Aresti fue nuestro modelo de Ecce Homo, el escritor asustado y huidizo que aún se atrevía a nombrar lo innombrable de Bilbao.

Si me quieres escribir
Ya sabes mi paradero
En un infierno resbaladizo
En la boca del demonio

El conocimiento más propio del poeta en la tradición de Dante es el que se obtiene tras bajar a los infiernos. Trascendencia no a base de subir, sino de bajar al fondo. Desde los infiernos hizo Dante su demanda radical de que la poesía y la imaginación iniciática son la base de todo conocimiento. Esta fue también la gran lección de Aresti: bájate al infierno bilbaino y conocerás la verdad vasca.

Tras concluir mis estudios en el extranjero, volví a la Universidad del País Vasco, pero no para largo. Decidí instalarme en Reno, Estados Unidos, y supuse que me podía olvidar ya definitivamente de Bilbao. Pero pronto surgió la noticia del Guggenheim (una beca generosa del Guggenheim, obtenida en parte gracias a la mediación de Robin Fox, quien se emocionó cuando le conté la historia de su libro en la cabecera del lecho de muerte de Aresti, había hecho posible que abandonara Zorroaga). Había que enterarse de lo que estaba pasando en Bilbao. Volví para hacer unas entrevistas. Y caí en la cuenta de hasta qué punto Bilbao era aún mi ciudad, la ciudad de mis ruinas religiosas, poéticas, políticas, antropológicas. De pronto me sentí fascinado por el paisaje dantesco de la Margen Izquierda: la devastación ecológica y la gran ruina de la industria vizcaína, la que conoció mi padre en los años 1930 y yo en los años 60 y 70, y que no era sino la evocación inequívoca, la visión imborrable de otras ruinas vascas múltiples. Era una vez más el retorno al *oskorri* patético de Aresti, pero no ya como crepúsculo rojizo de los dioses de Nietzsche o como profecía de revolución roja, sino como mera ruina e invitación alegórica, no ya como disquisición o experiencia agónica a lo Unamuno o Aresti, sino como celebración del viaje iniciático a los infiernos de Dante.

En este contexto escuché la canción de Brecht con música de Kurt Weill y cantada por Lotte Lenya: aquella vieja luna de Bilbao, acostumbrada a los puros de Brasil, donde el amor aún merecía la pena, con todo el ruido y pla-

cer del mundo por un dolar... la más hermosa, la más hermosa, la más hermosa del continente... Quedé hipnotizado. Era también la época en que *El Correo* informaba que Thomas Krens había vuelto a poner de moda en Bilbao fumar puros cubanos. La diferencia en este *déjà vu* brechtiano era que la verde luna lorquiana había sido sustituida por el cetáceo de titanio de Gehry en Abandoibarra.

Bilbao nunca ha sido tan imaginario como ahora. El *New York Times* habla de Bilbao en términos de “milagro” y de “la historia de la Cenicienta.” El príncipe azul es por supuesto New York. Visto desde Nueva York, el milagro es que Krens/Gehry nos hayan descubierto y seducido.

Krens ha creado con Bilbao la patente del museo transnacional. Muchos seguiremos cuestionando si es un invento bueno para el arte, pero de lo que no hay duda es de que Krens ha puesto a Bilbao en el centro mismo de Nueva York, es decir, de Wall Street (donde pagó la franquicia) y de la casa de subastas Sotheby’s (que define la comunidad internacional del arte y donde Krens quería invertir los dineros vascos), así como del *New York Times* (que trata a Bilbao como si fuera una extensión más de su ciudad de museos). Lo extraordinario de Bilbao es el espacio arquitectónico/imaginario que ha creado en el mundo de la arquitectura y de los museos transnacionales. Ni qué decir que en el mundo informatizado y virtual de hoy en día, este logro es extraordinario, porque lo que vale en esta cultura son los iconos emblemáticas, los discursos internacionales, la imaginación cinematográfica, literaria y fotográfica. Es decir, lo que cuenta más es la economía simbólica y poder de seducción del Bilbao imaginario. Durante los noventa se invirtió tanto en un museo como en el superpuerto. Mientras ello se traduzca en espacio mediático internacional y en industria turística, nada más importante que invertir en el Bilbao imaginario. Nunca un potlach arquitectónico podía haber salido mejor. Me alegro de que mi libro sobre el museo Guggenheim Bilbao estuviera en ese sentido tan equivocado al quedarse tan corto a la hora de prever sus consecuencias auráticas para Bilbao.

Para mí retornar a Bilbao será siempre retornar al Aresti agonizante que hizo posible que la generación mía creyéramos en la escritura y en la lectura como en las únicas formas de aprendizaje y de testimonio de los tiempos que nos ha tocado vivir. Siento que es en parte por él que estoy escribiendo y leyendo estas páginas, tras haberle pedido permiso para hablar de lunas viejas en su Bilbao del *oskorri*, como una deuda imborrable al Bilbao dantesco de los infiernos que él nos enseñó a vivir como iniciación a la escritura y la libertad.

Si Dante veía en Roma, la ciudad eterna, el prototipo de una sociedad que sucumbió a su propia barbarie, Aresti veía otro tanto en Bilbao, su ciudad vasca, de la que nunca huiría. También él podía haber escrito los versos de Panero con los que Ander Lipus concluye su obra “Ardoaz”:

Y no es huída, ni evasión, ni sueño,
Sino la única vida real.
Y hago lo posible,
y agarro de nuevo la copa como el cuello de la vida y
cuento a algún ser:
Una historia de amor.
Es tan bella la ruina, tan profunda
sé todos sus colores,
y es como una sinfonía, la música del acabamiento.
Poesía. Poesía.